

iluminaba, y poco los consolaba... ¿Podemos nosotros amar á Jesucristo, y no enternecernos con la memoria de cuanto ha padecido por nuestra salud? El amor ¿no debería hacernos siempre presente esta memoria? Feliz tristeza, cuya amargura purifica el corazón y lo inflama de un amor santo. ¿Tendré yo corazón para darme en presa á la disolución, al placer, á la vanidad, á las delicias, á la cólera y á la impaciencia, cuando considero á mi Salvador en el oprobio, en los tormentos, y espirando en una cruz?

3.º *No se atrevieron á preguntarle...* «Y no tenían atrevimiento «de preguntarle sobre estas palabras...»

Habrían bien querido saber si estas palabras se debían entender literalmente, y si se trataba de una muerte verdadera y real. Habrían también querido saber cómo se debían cumplir las promesas del restablecimiento del reino de Israel; pero no se atrevieron á hacer estas preguntas, ó sea por temor de comparecer faltos de fe ó de entendimiento, ó sea por temor de aprender verdades aun más dolorosas de las que presentían... Estas mismas razones ¿no nos impiden acaso algunas veces el preguntar á aquellos cuyas luces nos serían necesarias? La última, en particular, ¿no nos impide preguntar á nuestra conciencia, preguntar á nuestro Crucifijo? ¡Y cuántas veces no tenemos valor ni aun para contemplarlo, porque condenaría nuestro lujo, nuestra vanidad, nuestra sensualidad, nuestra inmortalización! Pero este Dios crucificado por nosotros, si ahora tememos preguntarle, nos preguntará algún día, y después de habernos mostrado el camino de la salud con su ejemplo, nos pedirá cuenta de cómo lo habremos seguido. Preguntemos, pues, á este divino Salvador, y si nos enseña verdades duras á la naturaleza, no nos aflijamos, pensemos en la gloria de la resurrección y en la felicidad de una vida eterna, que será la recompensa de nuestra fidelidad en seguirlo, y de la conformidad que habremos tenido con él.

Petición y coloquio.

Ó Jesús muerto y resucitado para ser Señor de vivos y de ¹ muertos; hacedme conocer cuán deudor os soy por haber obrado mi salvación con vuestra muerte, cuánto debo yo acariciar los sufrimientos para hacerme digno de participar de la dicha de vuestra vida gloriosa, y cuánto finalmente estoy obligado á imitaros, mediante una práctica exacta, continua y perseverante de la mortificación cristiana. Amen.

¹ Rom. iv, 25.

MEDITACION CXLIII.

PRETENDEN QUE JESÚS PAGUE EL TRIBUTO.

(Matth. xvii, 23-26).

1.º Jesús estaba exento de pagar el tributo; 2.º Jesús paga el tributo; 3.º Jesús lo paga por san Pedro.

PUNTO I.

Jesús exento de pagar el tributo.

1.º *Exención real y bien fundada...* Para entender todo el hecho siguiente, conviene suponer aquí que Jesucristo después de haber predicho su muerte á sus Apóstoles, viéndolos estos absorto en una profunda meditación sobre los designios de su Padre, lo dejaron caminar solo, mientras ellos lo seguían á lo lejos, y continuaban á entretenerse todos juntos sobre lo que les había dicho: que este divino Salvador les precedió en la casa de Pedro, donde solía alojarse, y que este fue el momento «en que se acercaron á Pedro los que «cobraban los didracmas ¹, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga los didracmas? Dijo: sí. Y habiendo entrado en casa, Jesús le «previno, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? ¿De quién reciben el «tributo ó el censo los reyes de la tierra? ¿De sus hijos, ó de los extraños? De los extraños, respondió Pedro; y Jesús le dijo: Luego «están exentos los hijos...»

Este tributo estaba impuesto á todas las familias, y les pareció á los que lo cobraban que Jesús, siendo la cabeza de los Apóstoles, que representaban una familia numerosa, debería pagarlo. Con todo, no se atrevieron á pedirselo al mismo Jesús, y se enderezaron á Pedro, que ellos miraban, y de hecho lo era, después de Jesús la cabeza de la sociedad... Jesús era verdaderamente exento. Si este tributo se cobraba en nombre de Herodes ó de los romanos, Jesús era Hijo de David, y heredero de su trono. Si se cobraba, como se cree más probable, en nombre de Dios, y para las necesidades del templo, Jesús era Hijo de Dios, el Señor del templo, y el templo verdadero. Estaba, pues, exento del tributo: su exención era real y bien fundada... Pero nosotros, ¿con qué título nos eximimos frecuentemente de las obligaciones de la ley común, de los ejercicios de la regular observancia, de los trabajos á que los demás están sujetos?

¹ Moneda que valía dos dracmas, y equivalía á cuatro reales de vellón nuestros.

Nuestra edad, me diréis, nuestra salud, nuestros empleos y nuestros servicios, nuestra dignidad y nuestro mérito. ¡Ah! en todo esto cuántos abusos no se introducen frecuentemente, cuánto orgullo, cuánto amor propio, cuántos engaños y quimeras!

2.º *Exención tenida secreta...* Jesús la confió solo á san Pedro para su instruccion y la nuestra. Nosotros, al contrario, hacemos una pomposa muestra de nuestros privilegios: de ellos hablamos á todo el mundo con complacencia nuestra, y con indignacion contra aquellos que no quieren reconocerlos: tal vez hacemos resonar con ellos los tribunales, y molestamos á todo el mundo.

3.º *Exención de que Jesucristo no se sirve...* Por mas que hubiese hecho ver que estaba exento de pagar el tributo, no dejó de mandar á san Pedro que lo pagase, como veremos... ¡Oh y cuánto confunde nuestro orgullo y nuestra vileza este ejemplo! Sí, ó Señor; Vos estais exento de todo, estais sobre todo, independiente de todo; pero por darme ejemplo y vencer mis repugnancias os sometéis á todo, y no rehusais especie alguna de sumision y de dependencia. ¿Cómo, pues, cuando se tratará de hacer algun bien, cuando mis superiores exigirán de mí alguna obra de celo, de piedad, de caridad, me atreveré aun á responder que no estoy obligado á hacerla? ¿Es este el ejemplo que me ha dado mi Salvador? ¿Es este el lenguaje de un discípulo de Jesucristo?

PUNTO II.

Jesús paga el tributo.

«Mas (continúa Jesucristo) porque no los escandalicemos, vé al mar, y echa el anzuelo, y coge el primer pez que venga, y abriéndole «la boca encontrarás un estatero, tómalo, y dáselo por mí y por tí...»

1.º *Jesús paga por evitar el escándalo...* Los derechos de Jesús no eran todavía públicos y conocidos de todo el mundo; y solo por no dar escándalo quiere pagar: de hecho, es un escándalo no sujetarse á la ley y á la autoridad legitima: los impuestos se deben pagar con celo y sin fraude, con sumision y sin quejas.

2.º *Jesús paga como Dios, si se puede hablar así;* esto es, por medio de un milagro... ¿Por qué un milagro? Porque ni Jesús ni Pedro tenían con que pagar. ¡Oh qué despojo total!... Porque las limosnas que se hacían á Jesús estaban en las manos de uno de los Apóstoles que no habia llegado aun; y porque no quiere que aquellas limosnas destinadas mas para la necesidad de los pobres que para

las suyas propias, sirviesen para pagar el tributo... El aumento de los impuestos por el bien público y del Estado no debe hacer disminuir la limosna con el pretexto de la miseria del tiempo. Hay milagros de la Providencia para los que tienen cuidado de conservar intacta la porcion de los pobres. ¿Por qué este milagro en particular? Para hacernos conocer la grandeza del poder de Jesucristo, que se extiende no solo á la tierra, sino tambien á los abismos del mar: que sabe igualmente hacerse obedecer de los demonios y de los animales mas simples... ¿Cuál debió ser la sorpresa de aquellos que habian pedido las dos dracmas, cuando vieron de dónde se iban á traer para dárselas á ellos? Admiramos y alabemos aquel poder infinito á que todo se sujeta... Jesús paga el tributo para darnos el ejemplo de la sumision y de la dependencia; pero lo paga como Dios, para mostrarnos su independendencia, y dar todavía mayor peso á su ejemplo.

3.º *Jesús paga al doble de lo que le piden...* El estater era una moneda de plata que valia cuatro dracmas, y dos solamente se le pedian: confirma con su ejemplo lo que ha enseñado... «Á aquel que quiere quitarte la túnica, cédele tambien el manto¹...» Pero en esto tenia tambien otra mira, como ahora veremos.

PUNTO III.

Jesús paga por san Pedro.

Allí «encontrarás un estater, tómalo, y dáselo por mí y por tí...»

1.º *Lo hace su ecónomo, y paga por su mano el tributo que se le pide...* Este dispensador fiel ejecuta puntualmente la voluntad de su Señor, y nada retiene para sí... imitemos su fidelidad.

2.º *Jesús hace á san Pedro ministro de sus maravillas,* y de un prodigio inaudito y único en su especie; pero ministro lleno de fe y de humildad... Pedro obedece sin réplica, sin alguna dilacion, sin alguna duda; y despues de obrado el milagro, sin hacer reflexion alguna sobre sí mismo, como gloriándose... Imitemos estas virtudes.

3.º *Jesucristo hace á san Pedro Cabeza de los Apóstoles...* Piden el tributo solo á Jesús como á Cabeza y Maestro de la comunidad: lo que hace ver que se pagaba solo por familias, no por cabezas. Pero Jesucristo, ordenando á Pedro que pague por los dos, daba bien á entender á este Apóstol que él estaba destinado para ser cabeza del rebaño, cuando el primer Pastor hubiese dejado la tierra; y hé aquí en qué manera Pedro, mientras que los otros Apóstoles se de-

¹ Matth. v, 40.

tuvieron por el camino á disputarse la primacia, como dentro de poco veremos, continúa á merecérsela, y por su mas ardiente amor á Jesús y por su fervor en seguirlo recibe ya de él las prendas y la seguridad.

Peticion y coloquio.

Ó bienaventurado Apóstol, con Vos me alegro de vuestro glorioso destino. Proteged á aquellos que reconocen esta preeminencia que os ha dado Jesucristo, y la reconocen no solo en Vos, sino tambien en vuestros sucesores, hasta la consumacion de los siglos; proteged este rebaño fiel de que Jesucristo os ha establecido Cabeza visible, y al que os honra tambien como tal en la persona de aquellos que os suceden. Amen.

MEDITACION CXLIV.

CUESTION DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA PREEMINENCIA.

(Matth. xviii, 1-5; Marc. ix, 32-36; Luc. ix, 46-48).

- 1.º Jesucristo nos enseña aquí á huir hasta los pensamientos de ambicion;
2.º nos enseña cuál es el precio de la humildad.

PUNTO I.

De los pensamientos de ambicion.

1.º *Pensamientos opuestos al espíritu de Jesucristo...* Yendo á Cafarnaum, habian disputado los Apóstoles la mayoría: disputa que ya habia nacido varias veces, pero que en esta se ocasionó (como dicen algunos Padres) de haber distinguido Jesucristo de los otros á Pedro en la paga del tributo... «Y les vino tambien el pensamiento «de quién de ellos seria el mayor...» Ello es que antes de venir á la disputa, y en el curso de ella, su espíritu estaba lleno de estos pensamientos de ambicion, que no quedaron ocultos á la sabiduría infinita de su Maestro... Y ¡oh de cuánto impedimento son ellos para la eterna salvacion!

Los pensamientos de ambicion sofocan todos los sentimientos de piedad y de humanidad, y son el origen de los escándalos. Habia Jesucristo anunciado poco antes á sus Apóstoles su próxima muerte, y ellos se habian afligido; pero la ambicion distrajo bien presto su corazon de este triste pensamiento, para ocuparlo en otra esperanza mas lisonjera. No habian comprendido bien todo lo que les habia dicho Jesús sobre su muerte y sobre su resurreccion, y no se

atreveron á pedirle la explicacion; pero lo que con mas ansia buscaban y en que les pareció mas importante el interesarse, fue en saber quién entre ellos, ó le sucederia, ó tendria el primer puesto cerca de él, cuando ya hubiese tomado posesion de su reino... Hé aquí los discursos que se tienen sobre la muerte de los ricos, de los grandes, de las personas constituidas en dignidad. Hé aquí el espíritu secreto de que muchas veces se alimenta el corazon en la muerte de un pariente, de un amigo, de un bienhechor. Se piensa solamente en aprovecharse de sus despojos, en engrandecerse, y en ensalzarse sobre lo que le sobra. ¡Ah! ¿qué piedad se puede tener para con Dios, qué humanidad para con los hombres, cuando en un corazon señorea la ambicion? ¿Quién, pues, no queda sorprendido al ver Apóstoles que habian renunciado á todo, y que estaban en seguimiento de un Maestro que les habia dado tantas instrucciones y tantos ejemplos de humildad y de abnegacion, ocupados en semejantes pensamientos? Orgullo radicado en el corazon del hombre, tú te hallas en los estados de la mas baja condicion y en los estados mas santos de la vida. La ambicion no es la virtud de los héroes, es el vicio de todos los hombres. Cada uno en su estado y en su esfera procura ensalzarse y superar á los otros... Los Apóstoles, ocupados en estos pensamientos, dejaron caminar á Jesucristo delante de ellos, y le siguieron á lo léjos para tratar esta cuestion, y hacer valer sus pretensiones: su disputa fue viva; duró largo tiempo, y no se concluyó. ¿Qué otro es el origen de las guerras, de las quejas, de las disputas entre los hombres, sino el saber quién entre ellos será el mas grande? Quítese el deseo de dominar, de adquirirse un grande nombre, de hacerse recomendable, de humillar á sus rivales, de sobrepujar á los iguales, y se harán callar todas las herejías, cesarán todas las disputas, y desaparecerán los escándalos, que son su consecuencia funesta... ¡Ah! detestemos el vicio de la ambicion, y estemos en vela para que no entre jamás en nuestro corazon.

2.º *Pensamientos conocidos por Jesucristo...* «Pero Jesucristo viendolos los pensamientos del corazon de ellos...»

En vano se alejaron los Apóstoles de Jesucristo para llevar adelante sus pensamientos y disputar sobre sus pretensiones. Jesús oia las palabras de su boca, veia los pensamientos de su corazon... En vano nos distraemos del pensamiento de Dios para pensar en nuestra propia grandeza: en vano escondemos á los hombres el orgullo y la vanidad que nos guian: en vano disimulamos á nosotros mismos el espíritu de ambicion, el deseo de dominar que nos hace obrar:

en vano nos preciamos de los gloriosos títulos de justicia, de celo, de verdad y de religion: Dios ve el fondo de nuestro corazón y nuestros pensamientos secretos, nuestros íntimos movimientos, nuestras mas escondidas intenciones, y no ve otra cosa que orgullo, que vanidad, que ambicion... Entremos, pues, dentro de nosotros mismos, purifiquemos nuestros corazones á la presencia de Jesucristo, á los ojos de aquel á quien nada puede oscurecerse ni ocultarse.

3.º *Pensamientos citados al tribunal de Jesucristo...* «Y llegaron á Cafarnaum, y cuando estaban en la casa, les preguntaba: ¿De qué íbais tratando por el camino? Pero ellos callaban. Porque por el camino habian disputado entre sí quién de ellos fuese el mayor...»

Despues llegaron los Apóstoles á Cafarnaum, y entraron en la casa donde estaba ya Jesús... Sí, alejémonos de Dios, separémonos de él, olvidémoslo, despreciemos su ley y sus máximas para escuchar solo las del mundo; pero conviene al fin dejar este mundo, y comparecer delante de Jesucristo... Entonces les preguntó el divino Salvador de qué habian hablado por el camino, despues que los habia dejado solos, y despues de haberles anunciado cuánto debia padecer por la gloria de su Padre y por la salud del mundo... Se miraron los unos á los otros, y á manera de delincuentes, que delante de su juez conocen á la primera pregunta que les hace que sus delitos están descubiertos, así á sola esta palabra quedaron confundidos los Apóstoles, desconcertados, y no se atrevieron á proferir ni una sola palabra... Y ciertamente estos eran sus Apóstoles formados en su escuela, que era la escuela de la humildad. Pues ¿por qué no confiesan sus quejas de vanidad y los pensamientos de ambicion? ¿Por qué no exponen hablando con Jesucristo mismo la bajeza y la indignidad de sus sentimientos? ¿Por qué no acusar las pretensiones que habian formado sobre la próxima muerte de su Maestro?... ¡Ay de mí! ¿qué responderé yo á Jesucristo, cuando presentado delante de él me preguntará de qué he tratado, en qué me he ocupado por el camino pasajero de esta vida, yo cristiano, yo su discípulo, yo su ministro, bautizado con su Bautismo, instruido en sus misterios y en su doctrina? ¿Qué responderé sobre tantos pensamientos, sobre tantas acciones, sobre tantos deseos, no solo vanos, bajos, despreciables, sino horribles, abominables; no solo indignos de un cristiano, sino de un hombre? ¡Ah! Señor, yo ya me hallo todo cubierto de confusion: perdonádmelos, ó Jesús, en el tribunal de vuestra misericordia, antes que sea citado al tribunal de vuestra justicia.

4.º *Pensamientos que con suma industria se tienen ocultos á la vis-*

ta de los hombres... Si no hay pensamiento que nos sea mas familiar que aquel con que queremos prevalecer sobre los otros, no hay por otro lado pensamiento que se tenga con mas cautela escondido á los ojos de los hombres que este; porque no encontraríamos en ellos otra cosa que odio y desprecio. Los Apóstoles, preguntados por Jesucristo, se hallaron al fin obligados á romper el silencio. Pero veamos en qué manera la ambicion, que sabe hacer valer con tanta viveza sus pretensiones, sabe por otra parte enmascararse con sagacidad. Para responder los Apóstoles á la pregunta de su Maestro, le preguntaron á él mismo... «En aquella hora se acercaron á Jesús «los discípulos, diciendo: ¿Quién piensas que es el mayor en el reino de los cielos?...» Al oírlos, ¿era esta la cuestion que habian movido? Pero ¿qué diferencia? Aquí es una pregunta general, allá era en cada uno una pretension personal; aquí es una pregunta de pura especulacion, allá era un interés propio que cada uno pretendía; aquí es una pregunta edificativa, allá era una disputa viva y escandalosa, en la cual nada se hablaba del reino de los cielos, sino se trataba únicamente de saber cuál entre ellos fuese el mayor, y debiese un día tener derecho de mandar á los otros... ¡Oh y cuán escondida y cuán artificiosa es la vanidad! Se hacen algunas veces semejantes preguntas, que al parecer no tienen relacion alguna con nosotros. Pregunta alguno cuál es el género de vida mas perfecto, cuál es la conducta mas loable, cuál es el mérito mas apreciable; pero de la decision de todas estas preguntas no pretende sacar otra cosa que ensalzarse sobre los otros, y sustentar la vanidad y la ambicion que reinan en su corazón.

PUNTO II.

Cuál es el precio de la humildad.

Lo 1.º *La humildad es la medida de la grandeza en el reino de los cielos...* «Y estando él sentado, llamó á los doce...» Escuchemos tambien nosotros con aquella atencion y con aquel respeto que se merece el divino Maestro que quiere hablar, é imprimamos bien en nuestro espíritu el oráculo que está para pronunciar... «Y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el «siervo de todos...»

Querer ser grande en el reino de los cielos es una ambicion noble y santa. Hé aquí el medio de llegar á serlo; medio seguro, nos lo da Jesucristo mismo, el Rey del cielo; medio que está en nuestro poder, y que ninguno nos lo puede quitar. ¡Ah! ¡si hubiese un

medio tan seguro para llegar á ser grande en el mundo! Este medio consiste, no en palabras de pura ceremonia, y tal vez de vanidad, sino en la clase y en los empleos; en ponernos en el último puesto, en contentarnos de ser colocados en él, en el desear estar en él y permanecer en él. Consiste en los sentimientos, en ceder en todo á los otros; en el mirarnos á nosotros mismos como los últimos de todos. Consiste en las acciones, en servir á todos los otros, en hacer por ellos cuanto hay de mas vil, en ejercitar con ellos el oficio de siervos. Nosotros serémos pequeños á los ojos del mundo y á los nuestros propios; pero cuanto mas seamos humillados, tanto mas serémos ensalzados; tanto mas grandes serémos en la eternidad... ¿Creemos bien esta verdad?

Lo 2.º *Sin humildad no se puede entrar en el reino de los cielos...* «Y llamando Jesús á un niño, lo puso en medio de ellos... y cogiéndole entre los brazos, les dijo... En verdad os digo, que si no os «convirtiéreis, y no viniéreis á ser como niños, no entraréis en el «reino de los cielos. Por tanto, cualquiera que se humillare como «este niño, este será el mayor en el reino de los cielos...»

Estas palabras se enderezan á todos nosotros, sea la que se fuese la clase que ocupamos, por grandes, por sábios que seamos, aunque fuésemos apóstoles escogidos por Jesucristo. Si nosotros no nos convertimos, si no renunciámos á aquellos proyectos de fortuna, de grandeza; á aquellos deseos de estima, de preferencia; á aquellas ideas de compararnos con otros; á aquellas maledicencias, á aquellas quejas de la poca atención que se tiene con nosotros; á aquellos pensamientos orgullosos de nuestra ciencia y de nuestro mérito, no entraremos en el reino de los cielos. Miremos con atención aquel niño, su inocencia, su candor, su dulzura, su docilidad, su simplicidad, su obediencia. No tiene inquietud alguna por lo que vendrá; ningún proyecto de ambición y de fortuna; cree lo que se le dice; dice lo que piensa; va donde le llevan; hace lo que le mandan... ¡Qué diferencia entre nosotros y él! Con todo eso, si no nos hacemos semejantes á él, no entraremos en el reino de los cielos; y cuanto mas nos esforcemos por asemejarnos á él, tanto mas grandes serémos en el reino celestial.

Lo 3.º *La humildad forma las delicias de Jesucristo...* «Y tomándolo entre los brazos...»

¿Quién no podrá envidiar la suerte de este niño? Jesús no concedió ya el favor de sus abrazos á la tierna edad, ó á la persona de este niño, sino á la virtud, de que era imagen y figura. El que se

aplica á adquirir aquellas virtudes; quien por las virtudes de la infancia se ha hecho niño, tiene el mismo derecho á los favores de Jesucristo, goza de sus caricias, de sus abrazos, y recibe de él las mas señaladas gracias... Olvídeme, pues, el mundo, desprécieme; me consolará abundantemente el amor de Jesucristo: concédame el mundo su estima y sus favores, fácilmente me desprenderá de ellos el amor de Jesucristo: entre los brazos de Jesús seré igualmente insensible á los desprecios que á las alabanzas de los hombres. ¡Oh feliz infancia! Formadla en mi corazón, ó Jesús, el mas humilde, y el mas dulce de los hijos de los hombres.

Lo 4.º *La humildad nos ensalza hasta Jesucristo y hasta Dios su Padre...* «Y cualquiera que acogiere en mi nombre un niño como «este, me acoge á mí... y el que me acoge á mí, no me acoge á mí, «sino á aquel que me ha enviado. Porque el que es el menor entre «todos vosotros, este es el mayor...»

Con que se sigue que todo el bien que se hace á un hombre humilde que se ha hecho niño por Jesucristo, todos los socorros que se le dan, toda la protección que se le concede, Jesucristo lo mira como hecho á sí mismo. El que acoge uno de estos niños evangélicos, acoge á Jesucristo; no solo á Jesucristo, sino á Dios mismo su Padre, que lo ha enviado á la tierra para salvarnos.

Peticion y coloquio.

¡Cuántos motivos, ó Dios mio, para hacerme amar y practicar la humildad, y para hacérmela amar, estimar, proteger y favorecer en los otros! Haced, ó Señor, que á ejemplo vuestro sea humilde, y humilde de corazón: que ame los pequeños; que lo sea, no por necesidad y con lamentarme, sino por sentimiento de una verdadera humildad; que ame el depender, el obedecer, el ser estimado por nada, y estarme en este estado de abatimiento hasta que os agrade á Vos elevarme en el cielo, y allí hacerme participante de la verdadera grandeza. Amen.

MEDITACION CXLV.

DE UN EXTRAÑO QUE LANZABA LOS DEMONIOS EN NOMBRE DE
JESUCRISTO.

(Marc. ix, 37-40; Luc. ix, 49, 50).

Esta circunstancia nos manifiesta los caracteres: 1.º del celo imperfecto; 2.º del celo indiscreto; 3.º del celo iluminado.

PUNTO I.

Del celo imperfecto.

«Y le respondió Juan diciendo: Maestro, hemos visto un tal que en tu nombre lanzaba los demonios, y se lo hemos prohibido; porque no nos sigue...»

Lo 1.º *En este celo hay algo de bueno...* Un hombre que no seguía á Jesucristo, que no era del número de sus Apóstoles ni de sus discípulos, no dejaba de echar los espíritus de las tinieblas en nombre de Jesús. Había visto acaso el imperio que los Apóstoles ejercitaban sobre los demonios en virtud de este sagrado nombre, y sin saber por qué, ni buscar ni preguntar otra cosa, invocaba con fe el mismo nombre, y obraba las mismas maravillas... ¡Oh y cuán poderoso es este nombre! ¡cuán santo! ¡y cuán terrible y espantoso al infierno! Adorémoslo con respeto, y pongamos en él nuestra confianza... Si un extraño lo emplea con tan buen éxito, ¿podremos nosotros temer emplearlo en vano; nosotros, que pertenecemos á Jesucristo, que somos sus discípulos y sus miembros?

Lo 2.º *Hay en este celo algo de incomprensible...* ¿Cómo un hombre, que hacía milagros en el nombre de Jesús, no deseaba verlo ni oírlo? ¿Cómo no se resolvía á seguirlo en el número de sus discípulos?... El corazón del hombre es al sumo incomprensible. Se han visto paganos exhortar á otros á abrazar el Cristianismo; herejes recomendar á los que los consultaban, abrazarse al tronco del árbol, y atenerse á la fe de la Iglesia católica. La Iglesia ha tenido protectores celosos, entre los idólatras, entre los herejes, entre los impíos, los cuales no han tenido valor de abrazar la fe; y sin subir tan alto, se hallan aun hombres celosos por la salvación de otros, y que no lo son por la suya, que saben conducir las almas por el camino de la perfección, y no procuran ellos entrar: que enseñan la práctica de la oración y de la mortificación, y ellos ni practican la una

ni la otra... ¿No soy yo, acaso, de este número? Mi celo ¿es perfecto? ¿Está bien ordenado? ¿Comienza por mí mismo?

Lo 3.º *No conviene contener este celo, sino perfeccionarlo...* No se debe contener, ni en nosotros ni en los otros; sino trabajar para perfeccionarlo, no contentándonos con invocar el nombre del Salvador, sino aplicándonos á practicar su ley, á seguir sus máximas, y á imitar sus ejemplos.

PUNTO II.

Del celo indiscreto.

Lo 1.º *Este celo decide fácilmente...* La discreción en el celo es ordinariamente el defecto de los principiantes... Los que tienen menos experiencia son los mas desembarazados y los mas prontos á decidir. Los Apóstoles estaban en su primera misión, cuando encontraron este hombre que echaba los demonios en el nombre de Jesús. Luego decidieron y juzgaron, que era obligación suya oponérsele, y le prohibieron emprender cosas semejantes en adelante, pero en esto no tenían razón... ¿Qué mal hacía este hombre, y qué bien podía resultar de esta prohibición?... Si cada uno se tomase tiempo para reflexionar y examinar estos dos puntos antes de decidir, la decisión sería menos pronta; pero sería mas prudente y mas segura... Los Apóstoles eran hombres enviados por Jesucristo, y con todo eso decidieron mal, ¿cuánto, pues, debemos temer nosotros de ser engañados?

Lo 2.º *El celo indiscreto favorece fácilmente el propio partido...* La única razón que movió á los Apóstoles y los determinó á hacer esta prohibición fue porque este hombre no seguía juntamente con ellos á Jesús... «No te sigue con nosotros...» Y hé aquí frecuentemente la razón que nos mueve á vituperar, á contradecir, y aun á dejar de hacer el bien que otros hacen ó podrían hacer... Nosotros no lo vemos con nosotros, vamos diciendo, no es de los nuestros, no nos sigue; pero bien léjos de ser esta una razón, es un pretexto á la ambición, al orgullo, á los celos y al deseo que se tiene de dominar solos, y de hacer valer el propio mérito y la propia autoridad. ¡Oh, y cuántos males podría ocasionar en la Iglesia este espíritu de partido, si cada cuerpo pretendiese tener un privilegio exclusivo de hacer el bien, ó si se pretendiese excluir un solo cuerpo del contribuir al bien comun, envileciendo su opinión, y desacreditando su ministerio!...

Lo 3.º *El celo indiscreto consulta raras veces...* Ó sea que este

hombre hubiese sido encontrado por todos los Apóstoles, ó solamente por algunos, acaso de Juan y de su compañero, cuando fueron enviados de dos en dos, ello es cierto que los que lo encontraron fueron del mismo sentimiento; que no les vino duda sobre la determinacion que tomaban, y que no se les ofreció siquiera consultar á su Maestro, ni antes de fulminar la prohibicion, ni despues cuando volvieron á Jesús. Lo pensaron sí á consecuencia de las lecciones de humildad y de caridad que Jesucristo les habia dado ahora. Entonces empezó san Juan á temer de haber hecho mal, y propuso la cosa como habia sucedido. Vió por la respuesta del Maestro que se habian dado mucha priesa, y que no debieran haber resuelto antes de consultar. La presuncion y la confianza en las propias luces es muy peligrosa en el ejercicio del celo. El que no sabe dudar y suspender la propia decision, el que no tiene la humildad de consultar, el que no tiene suficiente caridad para temer de hacer mal al prójimo decidiendo precipitadamente, corre evidente peligro de cometer grandes culpas, de impedir grandes bienes, y de ocasionar grandes males.

PUNTO III.

Del celo iluminado.

Lo 1.º *El celo iluminado refiere todas las cosas á la gloria de Jesucristo...* «Y dijo Jesús: No querais prohibírselo, porque no hay «alguno que haga un milagro en mi nombre, y pueda luego al instante decir mal de mí...»

No estaba léjos el tiempo en que cási todo el mundo se debia encadenar contra Jesús. Y no era moralmente posible que este hombre que echaba los demonios en nombre de Jesucristo se mudase tan prontamente, se declarase contra él, y se uniese á sus enemigos...

Tengamos, pues, siempre en mira la gloria de Jesucristo; busquemos esta sola, y alegrémonos con san Pablo¹ en todo lo que la procura, de cualquier manera que esto suceda, y de cualquiera parte que proceda... Ojalá, decia Moisés², que todos fuesen profetas, y que el Señor les comunicase su espíritu.

Lo 2.º *El celo iluminado lo refiere todo al progreso de la Iglesia...* «Porque el que no está contra vosotros, por vosotros está...» Jesús habia dicho en otra ocasion: «El que no está conmigo, está contra mí³...» Estas maneras de hablar por proverbio se verifican en

¹ Philip. i, 18. — ² Num. xi, 29. — ³ Matth. xii, 30.

sentido contrario, segun las diferentes ocasiones en que vienen aplicadas. Se puede decir que allá Jesús hablaba de las disposiciones internas, y que aquí habla de las obras externas. Debia llegar bien presto el tiempo en que los Apóstoles y la Iglesia recién nacida tendrían que padecer por parte de los judíos una general persecucion. En estas circunstancias se deben mirar como amigos todos aquellos que no se declaran nuestros enemigos... Bien léjos de hacerles algun agravio ó de imputarles esto á un delito, se debe tener y mostrar un ánimo grato; luego con mayor razon no convenia oponerse al celo de este hombre que podia ciertamente ser útil á la Iglesia. Ahora no estamos mas nosotros en las mismas circunstancias; y de esto solo debemos concluir que todo lo que puede servir al progreso de la fe y á la edificacion de la Iglesia merece nuestro aprecio, nuestra aprobacion y nuestro favor.

Lo 3.º *El celo iluminado lo refiere todo al provecho del prójimo...* «Y el que habrá dado á vosotros un vaso de agua en mi nombre, «porque sois de Cristo, en verdad os digo, no perderá su recompensa...» El tercer motivo que debe movernos y empeñarnos á desear que todo el mundo se emplee y contribuya á la gloria de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia, es la utilidad que con esto consigue el que coopera á esta recta accion. Aunque fuese solo un vaso de agua dado á un miembro ó á un ministro de Jesucristo, porque pertenece á Jesucristo, y por afecto á la doctrina de Jesucristo y á su Iglesia, nos asegura él mismo, con juramento, que este no perderá su recompensa; con que con mayor razon no deberá perderla el que glorifica el nombre de Jesús, invocándolo contra los demonios... ¡Cuántas virtudes grandes, cuántos méritos grandes han empezado por obras de poco valor, las cuales han sido el origen de gracias cuyo progreso ha venido á ser inmenso! Animémonos, pues, y animemos á los otros á la práctica de toda suerte de obras buenas, ya que de ellas le viene un tan grande bien al que las practica. Tengamos presente que servimos á un Dios tan atento á no dejar cosa alguna sin recompensa, y cuyas recompensas son de un tan alto precio.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, haced que yo no omita alguna de las buenas obras que puedo hacer. Si no puedo practicar lo que es mas excelente, haced que practique con fidelidad lo que es segun mi estado y mi vocacion, y que con la pureza de la intencion santifique mis accio-

nes, aun las mas comunes. Esté léjos de mí aquella ambicion que todo lo refiere á nosotros, aquella envidia que con apariencia de celo quiere mas ver omitido lo que por sí mismo no puede hacer, que dejar á los otros la libertad de hacerlo. Ó Dios mio, haced que en adelante tenga solo en mira vuestra gloria, y mire como unidos á mí á los que conspiran al mismo fin. Amen.

MEDITACION CXLVI.

DEL ESCÁNDALO.

(Matth. xviii, 6-14; Marc. ix, 41-47).

Consideremos aquí: 1.º el mal de quien da el escándalo; 2.º la atencion que se debe tener para prevenirse contra el escándalo; 3.º el pecado de quien causa el escándalo.

PUNTO I.

Del mal de quien da el escándalo.

Al celo que cada uno debe tener para extender el reino de Dios, y que no dejará Dios sin recompensa, opone Jesucristo el escándalo, que destruye el reino de Dios, y que no dejará Dios sin castigo... «Y al que escandalizare á alguno de estos pequeñuelos que creen «en mí, le estaria mejor que colgasen á su cuello una piedra de «molino de asno, y que fuese sumergido en el profundo del mar. «¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que haya «escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escán- «dalo!...»

1.º *De la necesidad del escándalo...* Esta necesidad viene de la malicia de los hombres, y del orden de la sabiduría con que gobierna Dios el mundo. Siendo los hombres naturalmente inclinados al mal despues del pecado original, pero libres y de una libertad fortificada por la gracia del Salvador; y dejando Dios, segun el orden de su sabiduría, á los hombres obrar libremente durante el espacio de su breve vida, sin poner sujecion ni interrumpir el curso de su libertad, no es posible que muchos entre ellos no abusen de esta misma libertad para abandonarse al mal; que con el progreso del tiempo no se aumente el número hasta llegar á ser el mayor, y que no se esfuercen para hacer á los otros imitadores de sus desórdenes... No débemos sorprendernos porque haya escándalos; no debemos por esto escandalizarnos, murmurar contra la sabiduría de Dios, turbarnos, imaginarnos que todo se ha perdido, que Dios no vea lo

que sucede en el mundo, ó que todo le sea indiferente. El escándalo es una consecuencia de los designios de la providencia de Dios sobre los hombres. Dios ha querido y quiere coronar en el cielo vencedores y héroes, almas nobles que se hayan declarado generosamente de su partido, y que hayan realmente combatido por él; esto es á lo que contribuye el escándalo, haciendo resplandecer la virtud, la constancia y el celo de las almas fieles á su Dios: luego el escándalo entra en el orden de aquella providencia infinita que incluye igualmente los acontecimientos libres y los efectos necesarios, y que hace servir todas las cosas á su gloria y á la felicidad de los justos.

2.º *Del lugar del escándalo...* El escándalo reina en el mundo: aquí ha colocado su trono y ejereita su imperio. En el mundo todo es escándalo, ocasion de caida, asechanzas puestas á la virtud, y oposicion total y constante á todo cuanto enseña el Evangelio: las lecciones y los ejemplos, los lugares particulares y los públicos, los negocios y los divertimientos, las lecturas y los discursos, todo lo que se ve, todo lo que se oye, todo es escándalo, todo lleva al mal, y nada á la virtud. No nos maravillemos, pues, que el Salvador haya cargado el mundo de maldiciones y de anatemas por motivo de los escándalos de que está lleno. ¡Cuántas almas habrian practicado de buena gana la virtud y se hubieran salvado sin los escándalos del mundo! Si acaso nosotros, por las obligaciones de nuestro estado, estamos empeñados en el mundo, ¡ah! guardémosnos contra sus escándalos, y vivamos con precaucion para no ser envueltos en la maldicion. Si nos hallamos en edad de escoger un partido, consultemos bien con nosotros mismos, y determinémosnos siempre mirando á nuestra salvacion. Si estamos fuera del mundo, démosle gracias á Dios; no echemos menos el mundo, de ningun modo volvamos á entrar en él, antes temamos que lleguen hasta nosotros sus escándalos.

3.º *Del castigo del escándalo...* Si el escándalo es necesario, si la sabiduría de Dios saca de él su gloria, ¿por qué lo castiga Dios? Porque la sabiduría de Dios que permite el escándalo, y recibe gloria de él, no destruye por esto la malicia del escándalo que merece el castigo, así como no destruye la virtud de aquel que evita el escándalo y merece recompensa. El bien que Dios saca del mal justifica la sabiduría de sus caminos; pero no ya la malicia del que hace el mal. Por esto ¡ay de aquel que escandaliza al mínimo de los niños, de los pequeñuelos, al mínimo de los fieles! Seria mejor para